

Estudio de un desconocido relato de viaje a Tierra Santa

Pedro TENA TENA

I. ALONSO GÓMEZ DE FIGUEROA: UNA BIOGRAFÍA INCOMPLETA

El 17 de noviembre de 1514 se edita en Valencia por el impresor Diego de Gumiel el *Alcázar imperial de la fama del muy ilustrísimo señor el Gran Capitán, con la Coronación, y otras coplas de arte mayor y real en las cuales se declaran las cuatro partidas del mundo*¹, texto del que forma parte nuestro viaje, y libro perteneciente al desconocidísimo Alonso Gómez de Figueroa.

¹ Actualizo las grafías, la acentuación y la puntuación.

La presente obra se describe profusamente en Alonso Gómez de Figueroa: *Alcázar imperial de la fama del Gran Capitán, la coronación y las cuatro partidas del mundo*, ed. Luis García-Abrines (Madrid: CSIC, 1951).

También se hacen eco de ella, por ejemplo, los siguientes libros:

Frederick J. Norton: *A descriptive catalogue of printing in Spain and Portugal, 1501-1520* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), p. 453, n.º 1245.

Antonio Palau y Dulcet: *Manual del librero hispanoamericano VI* (Barcelona: Librería Palau, 1953²), p. 243, n.º 103969.

José Simón Díaz: *Bibliografía de la literatura hispánica X* (Madrid: CSIC, 1972), pp. 706-707, n.º 5809 y 5810.

Ha sido igualmente tomada en consideración por María Rosa Lida de Malkiel: «La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas», en Howard R. Patch: *El otro mundo en la literatura medieval* (México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 1.ª reimp.), pp. 397-398.

Como nota destacable cabe señalar que al parecer formó parte de la biblioteca del marqués de Priego, sobrino de Gonzalo Fernández de Córdoba, según se recoge en el inventario de 1518. Allí se nos dice:

Pocos datos tenemos sobre el autor, salvo los que él mismo nos permite deducir de su obra².

Con seguridad podemos exponer que nuestro escritor nace en Córdoba según se señala en la portada y en la dedicatoria que se dirige al Gran Capitán. Refleja un gran amor por su tierra, muy especialmente al incorporar en la citada obra una composición en loor de dicha ciudad³.

Por lo demás, nos hallamos con suposiciones. Si creyéramos lo que dice el propio autor, éste viajó por casi todo el mundo conocido de aquel tiempo⁴. Más cierto resulta, en cambio, que peregrinara tan solo a Tierra Santa: Que diga que allí murió su hermano así parece confirmarlo⁵.

Según García-Abrines tal vez fuese cronista⁶. Muy probablemente permaneciera por algún tiempo en Valencia. Tres son las razones que lo hacen pensar. La primera, la publicación del *Alcázar* en mencionada urbe. La segunda se basa en su más que posible relación con la Casa de Aguilar. Escribir un libro dirigido y en alabanza del Gran Capitán, los elogios que pueden rastrearse en el texto del *Alcázar* hacia Alonso, hermano de Gonzalo Fernández de Córdoba, o también la presencia de un ejemplar manuscrito en la biblioteca del marqués de Priego, permiten estimar tal vinculación. Sabiendo, por otro lado, que Valencia es un núcleo muy unido con dicha Casa⁷, no es de extrañar que un escritor cordobés vea publicada su obra en la

«[...] otro libro de la mano de Alonso Gomez justador de las cosas que en su tyempo vido con tablas, un real [...] [: 34 maravedies]».

Maria de la Concepción Quintanilla Raso: «La biblioteca del marqués de Priego (1518)», en *En la España Medieval. Estudios dedicados al profesor D. Julio González González* (Madrid: Universidad Complutense, 1980), p. 368, partida 245.

La apreciación económica fue realizada por el librero cordobés Alonso Hernández, que atendería a la apariencia externa, rareza, valor literario, calidad científica y otros aspectos técnicos.

² No he podido localizar fuentes que me hicieran conocer algo más sobre Alonso Gómez de Figueroa. Ni tan siquiera, por citar un ejemplo, aparece en Rafael Ramírez de Arellano: *Ensayo de un catálogo biográfico de autores de la provincia y diócesis de Córdoba* (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1922).

³ A. Gómez de Figueroa, pp. 141-142.

⁴ En la portada y en la dedicatoria se dice que Alonso Gómez de Figueroa «[...] habla como testigo de vista de muchos reynos y prouincias ansi de mar como de tierra». A. Gómez de Figueroa, p. 23.

⁵ «[...] de la pena que senti/señor si fueras aqui/no fuera muerto mi ermano». A. Gómez de Figueroa, p. 96.

⁶ El estudioso se apoya en el verso siguiente:

«[...] porques coronista lo habla el auctor [...]».

A. Gómez de Figueroa, p. 55.

⁷ El ejemplo más significativo lo constituye el destierro sufrido por el marqués de Priego en esta ciudad durante los años 1509-1510. Por otro lado, la biblioteca de Pedro Fernández de Córdoba quizá esté ligada igualmente con Valencia, sobre todo, cuando Alfonso Fernández de

capital del Turia. El enlace de don Pedro con este lugar y, más en concreto, sus posibles nexos culturales asimismo pudieran haber permitido a Alonso Gómez de Figueroa la impresión del texto.

La tercera razón la encontramos en el encendido elogio que el creador hace de Valencia. Cuando en la parte del libro destinada al viaje a Tierra Santa se habla del regreso a España, se nos canta por dónde pasa el peregrino. Sin embargo, es Valencia la ciudad en la que más detiene su descripción. De hecho, desde la perspectiva del tratamiento, se da una enorme desproporción con el resto de localidades: Para Valencia el poeta emplea diez estrofas (e. 86, v. 3. -95), los demás sitios, en general, tan solo se citan. Además, el detallismo en los datos refuerza más aún nuestra hipótesis.

Publicado en Sevilla, sin indicación de año, encontramos un pliego poético que se atribuye a un Alonso Gómez de Figueroa⁸. De tratarse de nuestro autor, se confirmaría su presencia en Málaga el 25 de mayo de 1561, pues dicha composición fue escrita a propósito de un desastre naval acontecido en esta localidad y en este día.

Centrándonos en el *Alcázar*, podemos entresacar una serie de notas que ayudan a recrear su cultura. Tras este acercamiento la impresión que recogemos es que Alonso Gómez de Figueroa es un poeta que aparenta poseer una estimable formación. Varias son las referencias que permiten expresarnos así. A través del libro en cuestión se deduce una lectura de autores griegos y latinos vinculados con las ciencias naturales o la cosmografía⁹. Recurre con familiaridad a escritores de la patristica, que igualmente le sirven para exponer datos sobre los mencionados campos científicos¹⁰. Se destaca asimismo una lectura de otros autores antiguos y cercanos, que de semejante manera tiene en cuenta para esta clase de temas¹¹. Refleja un conocimiento de datos geográficos e históricos recientes y noticias relacionadas con los viajes de su tiempo. Muestra un interés por la tradición animalística y de los lapidarios. Manifiesta un acercamiento a obras de literatura clásica y de poesía en general. Conoce el latín y quizá el griego. Posee nociones de la historia de Babilonia, Cartago, España, Francia, Grecia, Portugal, Roma y Troya. Y la huella de la *Biblia* también se subraya.

Aun con todas las reservas, pues documentalmente poco sabemos del poeta, considero que en Alonso Gómez de Figueroa se da una sincera apro-

Córdoba, pariente lejano, fue allí impresor. Este Alfonso bien pudo proporcionar libros al marqués, los cuales engrosarían la mencionada biblioteca.

Para una información más completa véase M.^a C. Quintanilla Raso, pp. 347-383.

⁸ *Pliegos Poéticos Góticos I* (Madrid: Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1957), n.º I.

⁹ Aristóteles, Estrabón, Heródoto, Lucano, Macrobio, Manilio, Pomponio Mela, Ovidio, Plinio, Solino, Tolomeo, Virgilio.

¹⁰ Alberto, Ambrosio, Gregorio, Isidoro, Jerónimo.

¹¹ Lactancio y Filelfo.

ximación al mundo y cultura grecorromana, a la cosmografía, ... La presencia de citas indicando su procedencia, el sugerido interés por la geografía, los viajes, etc., en un tiempo en que, por ejemplo, la astronomía descriptiva en España parecía vinculada sólo a personas selectísimas me hace pensar así. Bien es cierto que podemos encontrar autores que muestran un falso apego a los ejemplos obtenidos del mundo y cultura antigua, ... dando sensación de saber. No obstante, creo que, en líneas generales, no es éste el caso¹².

II. UN RELATO DE PEREGRINACIÓN EN LA ESPAÑA DEL QUINIENTOS

1. Poesía y libros de viajes

Cuando uno se adentra en el *viaje* de Alonso Gómez de Figueroa a los Santos Lugares, pronto descubre su más absoluta novedad: En su mayor parte está escrito en verso. Ningún antecedente en castellano con esta característica hemos hallado en la literatura española¹³. En las literaturas francesa e inglesa, en cambio, vemos muestras, por ejemplo, en los siglos XII y XV, respectivamente¹⁴.

Esta peculiaridad tendrá también sus cultivadores en el XVI. Juan del Encina, con versos de arte mayor¹⁵, o Pedro Escobar Cabeza de Vaca, en

¹² Un correcto acercamiento al desfase entre una teoría y una práctica en torno a los saberes cartográficos y cosmográficos en la España de principios del XVI, y, de modo más concreto, en Sevilla, supone la lectura de la introducción de Juan Gil en Marco Polo: *El Libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, ed. Juan Gil (Madrid: Alianza Editorial, 1988, 1.ª reimp.).

¹³ Judah Halevi (España. Antes de 1075-1141.) es el primer viajero judío conocido que dejó testimonio literario de su viaje a Tierra Santa, aunque parece que no llegó a cumplir su propósito de alcanzar Israel. Lo peculiar, y por eso aquí se cita, es que dicho autor dejó evidencia del trayecto en sus *Poemas de Sión*, escritos en hebreo.

«The literary evidence which he left expresses the poet's feelings about the adventures which befell him on his travels, rather than the adventures themselves. Its usefulness lies in that it reveals the profound emotional motives operating within the traveler to Holy Land.»

Encyclopedia Judaica (Jerusalem: Keter Publishing House Ltd., 1971), XV, columna 1351.

«La evidencia literaria que él dejó expresa los sentimientos del poeta sobre las aventuras que le acontecieron en sus viajes, más que las aventuras mismas. Su utilidad yace en que revela los profundos motivos emocionales operando dentro del viajero a Tierra Santa.»

Ángel Sáenz-Badillos y Judit Targarona Borrás: *Poetas hebreos de al-Andalus (siglos X-XII). Antología* (Córdoba: El Almendro, 1988), pp. 175-204.

¹⁴ *Le pèlerinage de Charlemagne. La peregrinación de Carlomagno*, ed. Isabel de Riquer (Barcelona: El Festín de Esopo, 1984).

Jean Richard: *Les récits de voyages et de pèlerinages* (Turnhout: Brepols, 1981), pp. 19 y 78.

¹⁵ Robert O. Jones: *Historia de la literatura española II. Siglo de Oro: Prosa y poesía* (Barcelona: Ariel, 1979⁵), p. 59.

verso suelto¹⁶, serán otros casos que testimonian, con Alonso Gómez de Figueroa, que en esta centuria hay una presencia de relatos de viaje a Tierra Santa en verso.

Nuestro escrito, según García-Abrines en su edición, ocupa los folios «[...] ([B viij v.] - D ij r.) [...]»¹⁷.

Inmediatamente antes se escribe la *Interrogación al papa y a los reyes cristianos*, otra obra perteneciente al libro de Alonso Gómez de Figueroa, y compuesta en coplas de arte mayor. Si bien la *Interrogación* no forma parte del relato en sí, su vinculación temática con el texto de Tierra Santa es tan grande, que considerar tales estrofas como un adecuado proemio puede entenderse muy válido.

El *viaje* está configurado esencialmente por el verso. Ciertamente es que nos encontramos prosa pero la presencia del metro de arte menor se destaca. Tiene 98 redondillas de ocho versos (8a-8b-8b-8a-8a-8c-8c-8a)¹⁸.

La función de lo poemático parece definida: El viajero relata su trayecto. En la prosa se da una complicación al intervenir un narrador y el propio peregrino. En este apartado Alonso Gómez de Figueroa-narrador desarrolla dos funciones:

a) Introducción sucinta y parcial, a modo de resumen, de lo que se escribe después en la estrofa o estrofas.

A veces se da cabida al desarrollo de aspectos particulares que no aparecen en el verso; sin embargo, son interesantes para el narrador. Esto último provoca la existencia de largas y prolijas aclaraciones.

b) Aumento de información a partir de datos que se ven con anterioridad en el verso.

Por su parte, Alonso Gómez de Figueroa-peregrino asimismo ejerce un papel interesante. La prosa no sólo le sirve para seguir contando su itinerario, sino que incluso, en ocasiones, llega a usurpar las funciones del propio narrador.

(En el punto correspondiente a los *Procedimientos narrativos* se tratará con mayor profundidad la singular dicotomía narrador-peregrino.)

2. Procedimientos narrativos

Conforme con lo mencionado previamente nuestro texto es uno de tantos relatos que exponen un viaje a los Santos Lugares.

¹⁶ Ángel Lasso de la Vega: «Viajeros españoles de la Edad Media», en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, 12 (1882), p. 240, n. 1.

¹⁷ A. Gómez de Figueroa, p. 16.

¹⁸ «Otras redondillas ay de a ocho versos, en las cuales conciertan: Primero, cuarto, quinto y octavo; segundo y tercero, sexto y séptimo.»

Juan Díaz Rengifo: *Arte poética española* (Madrid: Juan de la Cuesta, 1606), p. 25.

La fijación e intelección es nuestra. La referencia ha sido tomada a partir de la nota hecha en la edición A. Gómez de Figueroa, p. 156.

La obrita comienza con un *exordio* que sirve para estimular la atención, y preparar los ánimos hacia la necesidad de liberar la Tierra Santa. En dicha introducción, a través de un inicial *Acordaos*, podemos entender en un principio dos receptores: Uno, colectivo y anónimo, configurado por los variados lectores y oyentes; otro, reconocido, el Gran Capitán. Con anterioridad, en la ya citada *Interrogación al papa y a los reyes cristianos*, vemos cómo el mismo verbo *acordar*, junto con otros similares semánticamente, se va utilizando para referirse al pontífice y a los diferentes monarcas con un mismo fin de *crusada*. Por todo ello, se puede pensar que en el preámbulo el verbo introductor, además de servir para dirigirse a unos lectores y oyentes anónimos y a Gonzalo Fernández de Córdoba, igualmente sigue aludiendo a ese santo padre y a esos mismos soberanos, esta vez a modo de destinatarios implícitos.

Después de este inicio el autor, empleando el procedimiento *in medias res*, empieza la relación de su viaje desde la propia Palestina. En él distinguiríamos dos partes bien diferenciadas:

- a) La peregrinación a los Santos Lugares y Sinaí, donde Alonso Gómez de Figueroa, como un romero, va descubriendo en la realidad los sitios con referencias bíblicas.
- b) El regreso a la Península Ibérica.

Concretando aún más, éstos serían los diferentes *sectores* o *etapas*:

De Tierra Santa a Egipto (e. 2-51), de Oriente Próximo, alcanzando el *cabo desperança*, a la India (e. 52-58), Mediterráneo Oriental y Central (e. 59-62), Europa (e. 63-98) [Aquí se incluye un paso por América, costa de África y Sur del Mediterráneo (e. 68-72)].

El relato termina de manera abrupta, cuando el viajero llega a Lisboa. A partir de aquí Alonso Gómez de Figueroa escribe dirigiéndose a Gonzalo Fernández de Córdoba para mencionar, en forma de conclusión, tierras lejanas y variados monarcas que ha conocido en sus desplazamientos.

De acuerdo a lo que se expone, nos vemos ante un desarrollo lineal, continuado, del viaje que se narra. Y como suele ser habitual en este tipo de obras, el *itinerario* ocupa prácticamente todo el relato. En él multitud de topónimos se aglutinan unos detrás de otros, a veces mezclándose nombres de ciudades con países, aunque todo articulado de acuerdo especialmente a una fórmula que domina en la composición: *Vi [...]*.

La variedad de escenarios se dibuja con mayor o menor interés por parte del poeta, aspecto que se refleja en el determinado número de estrofas o en el espacio dedicado en la prosa a un lugar en concreto.

Una de las peculiaridades que más llaman la atención es que siendo en realidad una peregrinación a Tierra Santa, la intención por abarcarlo todo, describiendo un curioso regreso, hace olvidar hasta cierto punto el *carácter propagandístico* de la obra. Por mucho que el autor quisiera subrayar la necesidad de recobrar los Santos Lugares, en especial escribiendo antes unas

encendidas estrofas dirigidas al papa y a los diferentes soberanos cristianos, o su modo de comenzar el relato recordando una vez más su deseo, dicho propósito parece quedar lejano al final de su escrito:

«[...] y despues de auer visto v[uest]ra muy illustre señoria he acabado de ver a todo el mundo»¹⁹.

Sin embargo, aun cuando se dé por parte del autor un afán de totalizar una *experiencia viajera* procurando incluir absolutamente cualquier escenario o vivencia, no todo guarda la misma importancia según se ha dicho anteriormente. Las *ciudades* serán, como en toda relación de viajes, los puntos fundamentales que sujetarán la estructura del texto. A pesar de ello, una nota destacable distingue nuestra obra: Si bien la presencia de urbes detienen en gran medida el ritmo de este tipo de relatos, aquí, en cambio, no sólo nos encontramos con la descripción de Jerusalén a través de sus monumentos o de sus construcciones de recuerdos cristianos, o con detalles sobre Rodas o Valencia, por citar algunos casos, sino que igualmente hallamos que una multitud de localidades, que tan solo se citan, llegan a acelerar el ritmo del texto. Será en la prosa donde predominen las descripciones de ciudades, o también islas. Esto no ocurre tanto en el verso.

Por lo general, varias son las notas comunes que vemos en la pintura de ciudades, de islas, ... que hacen recordar la llamada *descriptio urbis* que tanto se da en los libros de viajes, aunque en nuestra obra no con exactitud: Mención, sobre todo, de fortificaciones, de la fecundidad y riqueza, edificios y monumentos.

Analizando el *plano temporal* o *cronológico*, cabe reseñar que éste es paupérrimo. Aparte de existir una imprecisión: No se sabe cuándo fue realizado el viaje, ni cuánto duró; toda referencia al tiempo únicamente se da para ilustrarnos tan pocos casos como lo que el protagonista tardó en viajar de El Cairo al monte Sinaí, o las jornadas que emplearon desde dicho monte al puerto donde vienen las especias que el soldán carga, los días que se detiene en *Damiata*, ... (Normalmente se habla de *jornadas*. En una ocasión se mencionan *horas*, según la cuenta medieval, pero no como vividas por el viajero, sino para aludir a un milagro que sucede en Rodas.)

¹⁹ A. Gómez de Figueroa, p. 137.

Las escasísimas noticias acerca de Alonso Gómez de Figueroa poco nos permiten conocer su mentalidad e ideología; sin embargo, es el *Alcázar* el que en cierto modo suple la falta de información. Comprometido con una causa de cruzada hacia los Santos Lugares, sus ruegos de que se abandonen guerras fratricidas subraya más lo enunciado. Aunque por el *viaje* desfile toda una serie de hilos comerciales que muestran la importancia del comercio genovés con el Oriente, o el poderío veneciano reflejado en sus asentamientos mediterráneos, o curiosamente un anhelo de conquista americana en un tiempo donde los ejercicios de caballería ya son *invenciones ancianas*, el aspecto primero no ha de olvidarse: Deseo de ver recuperada la Tierra Santa; por mucho que al final apenas se siga manteniendo el grado de compromiso.

Sobresale por su naturaleza la presencia de los *elementos fantásticos*, muy en especial cuando se articulan en un texto al parecer verdadero. Si lo maravilloso viene vinculado, sobre todo, con el Oriente, nuestro relato recoge tal aspecto. Es muy significativo que cuando el viajero pasa a la India, la obra se llena de animales fantásticos o de hombres con características monstruosas (e. 54-57). Lejano ya de aquellos lugares, las maravillas dejan de aparecer.

El que la parte correspondiente al *verso* esté escrita en primera persona del singular, representando la voz de Alonso Gómez de Figueroa-peregrino, en principio nos hace pensar en un viajero independiente. Sin embargo, la presencia a veces en la *prosa* de la primera persona del plural, así como la constancia del elemento más doloroso (La muerte de un hermano) obliga a creer que se dan unos traslados también en grupo.

Si bien el predominio de la primera persona es radical, hay que tener presente la existencia de dos *voces*. Por una parte, la de un narrador, la cual se localiza en la *prosa*, y se da en tercera persona del singular.

Por otro lado, nos hallamos con la voz del protagonista, que, como ya hemos dicho, en el verso se expresa en singular. En la *prosa*, en cambio, se da una superioridad de la primera persona del plural, cuando el romero continúa relatando su viaje; y sólo se usa la del singular ante una anécdota, actividad o comportamiento referente al mismo peregrino.

Esta presencia de voces además de alejar nuestro texto de la generalidad de los libros de viajes, en los que suele darse una, también llega a complicar aún más su naturaleza textual. Y es que la voz del narrador en ocasiones se ve continuada bruscamente de la del viajero, el cual sigue contando su trayecto en la *prosa*. Esto que en un principio podría entenderse como un fallo por parte de Alonso Gómez de Figueroa-autor²⁰, no sería más que un juego de complicidad intencionada entre Alonso-narrador y Alonso-peregrino en su dirigirse a *oyentes y lectores* en general, incluido el papa y los monarcas cristianos, o a Gonzalo Fernández de Córdoba en particular. Valga lo siguiente para ilustrar nuestra idea:

«Alonso de figueroa haze saber a v[uest]ra muy yllustre señoria q[ue] sobre auer andado infinitos reynos τ prouincias d[e] las indias porq[ue] nauega[n]do passo dessa parte de calicud al confin d[e] los reynos d[e] l rey de narsinses, τ arribo a vna ciudad q[ue] es deste rey de narsinses q[ue] se llama colu[m]ba: τ alli oy cosas q[ue] en las españas no seran creydas d[e] este rey de narsinses: [...]»²¹.

²⁰ Si viéramos en ello un error, la explicación sería la siguiente: Alonso Gómez de Figueroa-autor, bajo el peso de una recreación verosímil, se deja llevar por su voz de protagonista, abandonando el papel de narrador de manera natural, inconsciente.

²¹ A. Gómez de Figueroa, p. 134.

3. Realidad y ficción

Anteriormente se ha analizado el texto sin ahondar en su verdad o ficción. Determinar hasta dónde nos hallamos con un relato fruto de la imaginación de un instruido autor o muestra de una experiencia personal resulta en cierta manera posible. No obstante, si tuviéramos que definirnos por alguno de los dos extremos, la tarea acabaría en un fracaso. Y es que nuestra obra se articula en función de dos paradigmas: Realidad y fábula. Sin embargo, de no mencionarse la muerte de un hermano del viajero en Tierra Santa, nos inclinaríamos por entender el itinerario como una total invención.

Una de las notas de cualquier viaje ficticio es el propósito de nombrar todo, incluso por simple que la mención resulte. Y es nuestro texto reflejo de lo dicho. Por otro lado, un trayecto tan curioso, con tantas idas y venidas, hace sospechar de la supuesta verdad de nuestro escritor.

Desde el punto de vista cronológico las referencias históricas apenas se dan. Y como hemos reseñado anteriormente, aparte de la imprecisión temporal, casi no hay alusiones referidas al tiempo. Cuando se dan, son simples fórmulas (Jornadas transcurridas en un determinado desplazamiento, sobre todo), y sólo sirven para dar verosimilitud y cohesión al texto.

Pero es al hablar de *maravillas*, cuando lo fantástico se destaca. Esto mostraría el conocimiento que el autor poseía en campos como la tradición animalística, cosmografía, leyendas, etc.²² Incluso en la descripción de aspectos que configuran lo maravilloso real, como el movimiento de las arenas del desierto, la herencia de lo libresco se hace patente²³.

Otros elementos que nos indican más en concreto el peso de lo inven-

²² Lejos de plantearnos el problema de las influencias, y recurriendo, por citar tan solo, a la versión aragonesa del texto de Mandeville [Juan de Mandevilla: *Libro de las maravillas del mundo*, ed. Pilar Liria Montañés (Zaragoza: Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1979)] percibiríamos hasta qué punto nuestra afirmación resulta cierta.

En el *Libro* encontramos mencionados, por ejemplo, *unicornios* (p. 133), *dragones* (p. 47, 100, ...) o *basiliscos* (p. 129), por nombrar algunos seres que aparecen en la estrofa 54.

En la estrofa 55 la alusión de *grifos* también la hallamos en la obra de Mandeville en la página 124, de *fenís*, en la página 49; ... Las «[...] aues y auestruzes/que pelean con las gentes [...]» hacen recordar la lucha entre pigmeos y aves que se indica en la página 105; ...

En la estrofa 56 la «[...] gente que biuia/vida de dozientos años [...]» nos lleva a expresar un ejemplo de longevidad recogido en la página 133.

En la estrofa 57, por señalar un caso, las «[...] gentes que no comian/sino que se mantenian/delos olores eruajes» nos remite a otras semejantes en la página 133.

La mención del *preste Juan* no oculta tampoco la importancia de la leyenda en la obra de Alonso Gómez de Figueroa. En el mismo *Libro*, fuera de otras citas, se dibuja la corte del dicho soberano en la página 125 y ss.

²³ Después de pintársenos en la prosa la realidad del desierto, y dárnosos una curiosa explicación al movimiento de sus arenas, la cita en el verso de «Uide el mar delas arenas [...]» (e. 39) recuerda lo que se escribe en el *Libro de las maravillas del mundo*:

tado es la simple enumeración de topónimos unida a la primera persona, todo para lograr una visión verificadora y testimonial, un refuerzo de la intensidad de lo escrito.

Después de tales consideraciones, y aun a riesgo de equivocarnos, únicamente apuntaríamos que lo más verdadero de todo este relato es la estancia en Tierra Santa. Y sólo por la simple alusión al hermano que ya mencionáramos. Y es que un autor instruido, como hemos visto, en conocimientos cosmográficos, interesado por los descubrimientos recientes de nuevos territorios, el cual bien pudo consultar libros de viajes o guías de peregrinos, poco esfuerzo tendría para elaborar una obra como la nuestra.

Por mucho que al final haga saber incluso al Gran Capitán los lugares que ha visitado, o las majestades que ha conocido en sus viajes, las anteriores apreciaciones le delatan.

III. UN DESCONOCIDO RELATO DE VIAJE A TIERRA SANTA Y SU CONTEXTO CULTURAL

Si bien Alonso Gómez de Figueroa parece no ser nada como poeta en nuestras historias de la literatura, la importancia de su *viaje* al abrir paso a los *itineraria* a Tierra Santa en el siglo XVI nos hace detener en su obra.

Las peregrinaciones a los Santos Lugares se dieron desde bien temprano en la era cristiana²⁴, y los relatos en los que se narraban las experiencias de viajeros que acudían a visitar los escenarios donde vivió y murió Jesucristo se conocieron igualmente pronto. Por eso, nuestro texto no se encuentra aislado ni es una excepción que con otras pocas muestras apenas logra configurar un subgénero dentro de la literatura de viajes. En España, por ejemplo, podemos enumerar las siguientes obras, hasta el año 1500, que desarrollan también un viaje a Tierra Santa²⁵:

«Et si ay en su tierra muchas marauellas. Car alli es la mar arenosa qui es toda de arena e de grauella sin gota d'agoa. Et va e viene agrandes hondas como faze l'otra mar e ninguna vez ni en ninguna sazón no se tiene queda ni pazible.»

J. de Mandevilla, p. 125.

Pilar Liria Montañés, en la nota correspondiente de su edición, señala que Odorico y la *Carta* del preste Juan hablaron ya de la *mar arenosa*.

²⁴ Un interesantísimo estudio sobre el tema, teniendo como límite temporal las cruzadas, se halla en Steven Runciman: *Historia de las Cruzadas* (Madrid: Alianza Editorial, 1987, 3.^a reimp.), I, pp. 50-61.

²⁵ Si bien el enunciado es demasiado general, valga, sin embargo, para aquellos textos en los que, con mayor o menor grado, la presencia de unos viajeros en Tierra Santa es patente. Por otra parte, se ha de reseñar que en la elaboración de la lista no ha habido ánimo de totalidad.

No incluyo en la relación la existencia de dos itinerarios de Tierra Santa, en latín, por no dársenos referencias acerca de los autores, ... [Manuel de Castro: «Dos itinerarios de Tierra

a) Pertenecientes a escritores españoles de cultura cristiana, compuestas ya en latín ya en cualquier lengua románica peninsular:

Egeria, *Itinerarium*²⁶; *Fazienda de Ultra Mar*²⁷, Johán Rovira, *Hic demonstrantur loca que sunt iusta Iherusalem*²⁸; *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo*²⁹, Pero Tafur, *Andanças e viajes*³⁰; Gómez de Santisteban, *Libro del infante don Pedro de Portugal*³¹; Guillem Oliver, *Romería á la Santa Casa de Jerusalem*³².

b) De autores árabes y judíos hispanos:

Benjamin de Tudela, *Séfer-Masa'ot* o *Libro de viajes*³³; Ibn Yubayr,

Santa de los siglos XIV y XV», en *Hispania Sacra*, 10 (1957), pp. 443-486.] (Los dos, en la Biblioteca Colombina de Sevilla).

Se escriben los títulos conforme aparecen en las obras de las cuales obtenemos la información.

²⁶ Egeria: *Itinerario de la virgen Egeria (381-384)*, ed. Agustín Arce (Madrid: La Editorial Católica, S. A., 1980).

Miguel Ángel Pérez Priego: «Estudio literario de los libros de viajes medievales», en *Epos*, 1 (1984), p. 218, n. 2.

S. Runciman, I, p. 51.

Al igual que en este caso, con respecto a las citas, únicamente se anotarán obras que nos han servido para lograr los datos de primera mano. La bibliografía sobre los viajes y su literatura es extensa. Como no se ha tenido propósito de reescribirla, el lector interesado puede utilizar la que aparece a lo largo del trabajo como vía a una más amplia.

²⁷ Dejando el desarrollo de las objeciones a la autoría y la fecha propuestas por Lazar en su edición [Almerich, Arcidiano de Antiochia: *La fazienda de Ultra Mar. Biblia Romanceada et Itinéraire Biblique en prose castillane du XII^e siècle*, ed. Moshe Lazar (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1965)], hoy en día se coincide en que la obra que se conserva es del siglo XIII.

²⁸ Joseph Pijoan: «Un nou viatge a Terra Santa en catalá [1323]», en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, (1907), pp. 370-384.

J. Richard, p. 44.

Pijoan piensa que Johán Rovira es el que parece que pone en orden la descripción de la romería a partir de las notas tomadas por los religiosos que iban en la misma peregrinación.

Pongo por título el epígrafe que encabeza el escrito.

²⁹ M. Á. Pérez Priego, pp. 217-239.

Escrito por un anónimo franciscano hacia 1350.

³⁰ *Libros españoles de viajes medievales*, ed. Joaquín Rubio Tovar (Madrid: Taurus, 1986), pp. 84-93 ó 189-203.

Se hicieron los trayectos entre 1436 y 1439.

M. Á. Pérez Priego, p. 218, refleja que fue escrito hacia 1454.

³¹ *Libros españoles de viajes medievales*, pp. 96-100 ó 217-220.

Escrito en el último tercio del siglo XV.

³² Á. Lasso de la Vega, p. 239.

J. Pijoan, p. 372.

Fecha del libro es la de 1464.

³³ *Libros españoles de viajes medievales*, pp. 45-47 ó 128-137.

El viaje fue realizado entre 1165/1166 y 1172/1173.

Para más información sobre viajeros judíos españoles a Tierra Santa en la Edad Media, y

Rihla ³⁴; Jālid al-Balawī, *Tāy al-mafriq fi tahliyat 'ulama' ahl al-mašriq o Corona de la intersección acerca de la descripción de los sabios orientales* ³⁵.

c) Traducciones realizadas en España:

Juan de Mandeville, *Libro de las maravillas* ³⁶; Bernardo de Breidenbach, *Viaje de la Tierra Sancta* ³⁷.

Si ahora nos acercamos al período 1500-1600, veremos que nuestro texto, al menos por lo que hemos podido comprobar, se presenta como el que inaugura la presencia de libros españoles de viajes a Tierra Santa en el siglo XVI ³⁸.

Alonso Gómez de Figueroa, *Alcázar imperial de la fama del muy ilustrísimo señor el Gran Capitán, con la Coronación, y otras coplas de arte*

también como acercamiento al tema, consúltese, por ejemplo, *Encyclopedia Judaica*, XV, columna 1351 y ss.

³⁴ Ibn Yubayr: *A través del Oriente. El siglo XII ante los ojos. Rihla*, ed. Felipe Maillo Salgado (Barcelona: Ediciones del Serbal, 1988).

En la página 404 de esta edición se dice:

«[Discurso del copista]/[El manuscrito de Leide concluye con las siguientes palabras]: Acabó la [copia de la] relación (*risāla*): *Consideración del devoto acerca de la descripción de los nobles monumentos y de los lugares devotos*, [...]».

Se escribe como fecha de copia el 11 del mes de *muḥarraman* del año 875 (10 de julio de 1470). Nos vemos, pues, con otro título.

El viaje se llevó a cabo entre 1183 y 1185.

³⁵ Ibn Yubayr, p. 32.

Las fechas del viaje son 1336-1340.

³⁶ *Libros españoles de viajes medievales*, pp. 56-63 ó 157-169.

«Esta obra, una de las más leídas en Europa durante los siglos XIV (segunda mitad), XV y XVI, entró en España probablemente a través de dos caminos: por la traducción aragonesa que mandó hacer del francés el rey Juan I de Aragón, siendo todavía príncipe heredero, a fines del siglo XIV; y a través de la versión castellana hecha sobre una traducción latina de los *Viajes* y de la que quedan varias ediciones publicadas a lo largo del siglo XVI.»

J. de Mandevilla, p. 15.

Escrito en torno a 1357.

³⁷ Bernardo de Breidenbach: *Viaje de la Tierra Sancta*, trad. Martín Martínez de Ampíes (Zaragoza: Paulo Hurus, 1498).

Modificó en el título la ortografía primitiva de acuerdo con la actual.

³⁸ No consignamos aquí obras que, propiamente medievales, alcanzaron el siglo XVI a raíz de sus publicaciones en esta centuria, aunque el tema de Tierra Santa aparezca. Sea el caso, entre otros, del libro de Marco Polo, por cortísimo que sea el paso por aquella región. [Las versiones aragonesa y catalana conservadas, ambas del XIV, no contienen este episodio.

Véase:

Juan Fernández de Heredia: *Aragonesa versión of the Libro de Marco Polo*, ed. John J. Nititi (Madison: University of Wisconsin, 1980).

Marco Polo: *Viatges de Marco Polo*, ed. Annamaria Gallina (Barcelona: Barcino, 1958).]

Tampoco citamos las diferentes ediciones de los libros del XVI en este mismo período.

Escribimos los títulos según aparecen en las obras de referencia, salvo en el primer caso.

mayor y real en la cuales se declaran las cuatro partidas del mundo³⁹; Juan del Encina, *Tribagia o vía sacra de Hierusalem*⁴⁰; Pedro Manuel de Urrea, *Peregrinación de Jerusalem, Roma y Santiago*⁴¹; Antonio de Aranda, *Verdadera información de la Tierra santa según la disposición en que en este año de 1530, el autor la vió y paseó*⁴²; Fadrique Enriquez de Ribera, *El viage que hizo a Jerusalem*⁴³...; Pedro Escobar Cabeza de Vaca, *Lucero de la Tierra sancta, y grandezas de Egipto y Monte Sinai, agora nuevamente vistas y escriptas*⁴⁴; Francisco Guerrero, *El viaje de Jerusalem*⁴⁵; Juan Ceverio de Vera, *Viaje de la Tierra Santa*⁴⁶.

Hasta aquí se ha visto que el itinerario de Alonso Gómez de Figueroa se enmarca genéricamente en un tipo de obras determinado⁴⁷. Ahora comprobaremos que también recoge el testigo de una tradición, esta vez situada en un plano ideológico: Los propósitos de cruzada.

Cuando el poeta, antes de empezar a relatar su viaje, se detiene en una *Interrogación al papa y a los reyes cristianos* para pedir que dejen de guerrear entre ellos, y dediquen sus esfuerzos en favor de los Santos Lugares, o comience a cantar diciendo:

³⁹ Léase nota (1). Para esta lista tampoco ha existido intención de totalidad.

⁴⁰ M. Á. Pérez Priego, p. 218, n. 2.

Publicado en 1521.

⁴¹ Raymond Foulché-Delbos: «Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal», en *Revue Hispanique*, 3 (1896), p. 21, n.º 19.

Publicado en 1523.

⁴² Á. Lasso de la Vega, p. 240, n. 1.

Publicado en 1533.

⁴³ Con este libro se publica también, juntamente, el texto de la *Tribagia* de Juan del Encina.

Publicado en 1580.

M. Á. Pérez Priego, p. 218, n. 2.

Repertorio de impresos españoles perdidos e imaginarios I (Madrid: Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas. Instituto Bibliográfico Hispánico, 1982), p. 157, n.º 2273.

⁴⁴ Á. Lasso de la Vega, p. 240, n. 1.

Publicado en 1587.

⁴⁵ Á. Lasso de la Vega, p. 239.

Publicado en 1590.

⁴⁶ Juan Ceverio de Vera: *Viaje de la Tierra Santa. 1596*, ed. Concepción Martínez Figueroa y Elías Serra Rafols (La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1964).

José M.ª López Piñero y Francesc Bujosa Homar: *Los impresos científicos españoles de los siglos XV y XVI I* (Valencia: Cátedra de Historia de la Medicina, Universidad de Valencia, 1981), p. 105, n.º 278, 279, 280.

Publicado en 1596.

⁴⁷ Más atrás, en nuestro estudio literario del texto, se ha profundizado en sus características y hasta qué punto se acomodan dichas peculiaridades a las que podríamos llamar definidoras del libro de viajes.

«Acordaos de nuestro bien
 que esta en poder de aquel turco
 y el soldan tiene el sepulco
 y el templo de jerusalem
 τ tabor y nazaret
 conel campo damaceno
 con aquel monte tan bueno
 que le llaman de ciben»⁴⁸;

no responde a algo gratuito o a un mero interés personal. Esta petición o mencionado recuerdo tiene su razón de ser en un ánimo general ya político ya literario por alentar el *espíritu de cruzada*, por más que el año 1365, con la toma de Alejandría por Pedro I, rey de Chipre y Jerusalén, suponga el final de unas empresas para recuperar la Tierra Santa, o que 1464, con la muerte de Pío II, marque el declive de dicho espíritu, impotente ya incluso para reconquistar la perdida Constantinopla⁴⁹.

Pese a todo, las perspectivas de recobrar la antigua Bizancio continuarán estando presentes bajo los pontificados de Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI.

En España, en la segunda mitad del siglo XV, los requerimientos papales encontraron su eco. Si bien en *Castilla* prevaleció la empresa granadina, Eloy Benito Ruano resume las posturas que existieron ante el dilema de Granada o Constantinopla:

«[...] frente a las peticiones económicas de Enrique IV o a la legación recaudadora del Cardenal Borja —el futuro Alejandro VI, que, en virtud de la convocatoria de cruzada de Sixto IV en 1471, vino a España—, resistencia al pago; participación personal —o voluntad de ella— ante los proyectos expedicionarios tangibles y realistas. Analogía de posturas —pontificias, reales y populares— que se prolongó hasta la conclusión de la Reconquista, con la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492»⁵⁰.

En *Aragón*, con Alfonso V, las posiciones eran más claras: El ideal de cruzada se reforzaba con el ideal imperialista en el Mediterráneo. Claro ejemplo se manifiesta en el constante afán que demostró hasta su muerte, acaecida el 27 de junio de 1458, por la recuperación de Constantinopla. «Todavía en 1460 el papa Pío II creyó ver en Juan II el paladín de una nueva cruzada, pero el hermano del Magnánimo se apresuró a declinar tal honor»⁵¹.

Será con los *Reyes Católicos*, cuando el tema de la conquista de los Santos Lugares, y, más concretamente, de Jerusalén, alcance una significativa

⁴⁸ A. Gómez de Figueroa p. 89.

⁴⁹ S. Runciman, III, pp. 389-423.

⁵⁰ Eloy Benito Ruano: «Granada o Constantinopla», en *Hispania*, 20 (1960), pp. 292-294.

⁵¹ Santiago Sobrequés Vidal: «Sobre el ideal de cruzada en Alfonso V de Aragón», en *Hispania*, 12 (1952), p. 248.

recepción, en ocasiones configurada con una idea muy peculiar: El mesianismo. Y es que, por ejemplo, muchos verán «[...] en la persona del rey Fernando ese monarca profetizado que llegará hasta la casa santa de Jerusalén»⁵². Sin embargo, este deseo por implantar el cristianismo en todo el mundo, cuya máxima expresión radica en la toma de la mencionada Ciudad Santa, entrará en crisis, aunque hallemos recogida tal idea ante Carlos I o Felipe II⁵³. Pedro M. Cátedra expresará esta realidad concluyendo del siguiente modo:

«Y puede resultar un indicio filológico precioso el proceso de adaptación, cuando no de supresión, que, sobre todo, de los tópicos mesiánicos y de los materiales historiográficos de categoría analógica realiza Nebrija cuando pone en latín la *Cronica* de Pulgar, que en su última versión ya estaba desposeída de mucho de lo que entusiasmó a los sevillanos, al Marqués de Cádiz, al anónimo cronista de éste, al autor de la *Consolatoria de Castilla*, a Diego de Valera, a los anónimos cronistas que pusieron su arte y sus cinco sentidos en el relato de la campaña del 85, a los romanceristas anónimos que pergeñaban letras para la capilla real»⁵⁴.

Y es en este contexto donde no nos extrañará encontrarnos con un autor, Alonso Gómez de Figueroa, que tan solo escribe su viaje por una causa común: La liberación de la Tierra Santa.

Atendiendo al punto de vista literario, la idea de recobrar los Santos Lugares ha tenido un interesante trato en España desde relativamente temprana-

⁵² Juan Barba: *La historiografía en verso en la época de los Reyes Católicos. Juan Barba y su Consolatoria de Castilla*, ed. Pedro M. Cátedra (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989), p. 59.

Como una simple muestra de la vinculación que se quiere establecer entre los Reyes Católicos y Jerusalén, baste la obra de Cristóbal de Santisteban [*Traido de la successión de los reynos de Jerusalén y de Nápoles y de Cecilia y de las provincias de Pulla y Catabria* (1503)], en donde se nos llega a decir que por ella «[...] se conocerá el mucho derecho que Sus Altezas tienen a los dichos reynos y sus provincias.» (a iij. v). (La fijación e intelección en el título y texto es nuestra). Véase asimismo:

Juan M. Sánchez: *Bibliografía aragonesa del siglo XVI I* (Madrid: Imprenta Clásica Española, 1913), p. 22.

Como contrapunto puede resultar positivo tener en cuenta los intereses políticos y económicos de los RR. CC. en el Próximo Oriente a fines del XV y principios del XVI, o sus deseos por fomentar una estrecha relación con el soldán de Babilonia, soberano de Tierra Santa, también frente al común enemigo otomano, a través del estudio de Luis Suárez Fernández: «Las relaciones de los Reyes Católicos con Egipto», en *En la España Medieval. Estudios dedicados al profesor D. Julio González González* (Madrid: Universidad Complutense, 1980), pp. 507-519.

Curiosa, por tanto, la dicotomía que se establece entre las aspiraciones de unos y los propósitos de Estado.

⁵³ Para el origen de este mesianismo en el 800, sobre todo, unido a Carlomagno y León III, y su discurrir en el siglo XV y XVI no sólo en España, sino también en otros países europeos, conviene ver el siguiente artículo:

Juan Gil: «Carlomagno, el imperio y Jerusalén», en *Habis*, 9 (1978), pp. 133-158.

⁵⁴ J. Barba, pp. 88-89.

no. El poema *¡Ay Iherusalem!*⁵⁵ o las obras *Liber de Fine* (1305)⁵⁶ y *Petitio Raymundi in concilio generale ad acquirendam Terram Sanctam* (Texto escrito aprovechando el concilio de Viena, convocado por Clemente V en 1311)⁵⁷ de Ramón Lull, por ejemplo, son reflejo de lo enunciado.

Los libros de viajes a los Santos Lugares tampoco serán ajenos a la pretensión de reconquista. Jean Richard, hablando de las *descripciones de Tierra Santa*, nos dice que

«[...] ne se proposent plus seulement de fournir aux voyageurs (dont certains ne feront le pèlerinage qu'en esprit) des informations pour la réalisation de leurs projets: les regrets du temps où les croisés occupaient les Lieux Saints, le souhait de voir les chrétiens récupérer la Terre Sainte n'en sont pas absents et nous rappellent que, parallèlement, existe toute une littérature de projets de croisade»⁵⁸.

Valgan dos casos de traducciones españolas, que enmarcan nuestro texto, el cual es también muestra de lo que decimos, para comprobar la anterior aseveración.

Por una parte, señalamos el *Viaje de la Tierra Sancta* de Bernardo de Breidenbach, traducido al español en 1498 por Martín Martínez de Ampíes:

«¡Todo se dexé, lo que procura daño, a las almas, y se despienda en alabanza de Cristo Jesú, en reparación, cobro y conquista de la Tierra Santa, la qual a muy grande vergüença y daño de los christianos bive cativa! ¡Sean disipados y destruydos aquellos infieles que quieren batalla con la Christiandad, porque ocuparon nuestras propias tierras, y tienen cativos a nuestros hermanos debaxo el yugo de servidumbre; quieren ser señores de nuestras vidas, y traer a nada nuestro Imperio de la fe de Christo! ¡Endreçad, christianos, allá vuestras lanças, bivan

⁵⁵ En cuanto a la fecha, Alvar señala que Asensio en su estudio sobre el texto lo data en los años de 1276 [*Poesía española medieval*, ed. Manuel Alvar (Madrid: Cupsa Editorial, 1978²), p. 431.]

Deyermond sugiere:

«El poema fue inspirado por uno de estos concilios [de Lyon, en 1245 y 1274], probablemente el de 1245, [...]»

Alan D. Deyermond: *Historia de la literatura española I. La Edad Media* (Madrid: Ariel, 1982⁹), p. 135.

⁵⁶ Martín Fernández de Navarrete: *Españoles en las Cruzadas* (Madrid: Polifemo, 1986), p. 87.

S. Runciman, III, p. 393.

⁵⁷ Martí de Riquer y Antoni Comas: *Història de la literatura catalana* (Barcelona: Ariel, 1980²), I, p. 234.

⁵⁸ J. Richard, p. 18.

«[...] no se proponen solamente suministrar a los viajeros (de los cuales algunos no hicieron la peregrinación más que en espíritu) unas informaciones para la realización de sus proyectos: Las penas del tiempo en que los cruzados ocupaban los Santos Lugares, el deseo de ver a los cristianos recuperar la Tierra Santa no están ausentes, y nos recuerdan que, paralelamente, existe toda una literatura de proyectos de cruzada».

esforçados vuestros coraçones, quando tomar[e]des con ellos batalla, porque la mano de Dios es ayuda de los que tan justa guerra comiençan!»⁵⁹.

Por otro lado, nos servimos de la edición castellana de 1524 del *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandeville, y, más en concreto, de su proemio:

«[...] porque cada fiel cristiano debe de disponerse de demandar su heredamiento y ganar esta tierra de poder de infieles; y en aquésto querria yo se ocupasen los reyes y principes de cristianos. Y así, por animar a todos, he querido componer el presente libro, el cual trata todas las maravillas que en todas las tierras comarcanas, alderredor de aquésta santa...»⁶⁰.

En conclusión, nos damos cuenta que el relato de Alonso Gómez de Figueroa se encuentra en la línea de continuidad temática e ideológica de un tipo concreto de obras; aunque uno de sus más destacados valores sea el abrir el siglo XVI a esta clase de libros en España⁶¹.

⁵⁹ B. de Breidenbach, f. CXL rb.

La fijación e intelección del texto es nuestra. Para tener una visión más completa léase la parte correspondiente al folio CXL ra. y toda la segunda columna.

⁶⁰ Juan de Mandavila: *Libro de las maravillas del mundo*, ed. Gonzalo Santonja (Madrid: Visor, 1984), p. 11.

⁶¹ Damos tal aseveración con sumo cuidado. Por el momento no hemos encontrado un texto previo original, también del siglo XVI, que exponga un viaje a los Santos Lugares.

Como apéndices considero importante señalar que en el *Alcázar* se contiene otro viaje. Dicho escrito, «[...] en las mismas coplas de arte mayor y con las mismas prolijas glosas —como si continuase la intención artística de visión exótica patente en el *Alcázar* y *Coronación*—, es un curioso périplo en que el autor cuenta sus navegaciones desde el Norte de Europa hasta Lisboa, y de allí al África y la India, entremezclando recuerdos poéticos de Juan de Mena, fábulas y opiniones de geógrafos antiguos y medievales con noticias de los recientes Descubrimientos y datos concretos de experiencia personal: última versión del *imram*, como correspondía a los contemporáneos de Colón y Vasco de Gama».

M.^a R. Lida de Malkiel, p. 398.

Se han de reseñar asimismo algunos testimonios poéticos en la España medieval donde, en mayor o menor grado, podemos rastrear el desarrollo del tema de las peregrinaciones a Tierra Santa, aun cuando no se traten de libros de viajes:

a) *Vida de santa María Egipciaca*. [*La vida de santa María Egipciaca, traducida por un juglar anónimo hacia 1215*, ed. María S. de Andrés Castellanos (Madrid: Real Academia Española, 1964)].

b) Gonzalo de Berceo: *Milagros de nuestra Señora*. [Gonzalo de Berceo: *Milagros de Nuestra Señora*, ed. Michael Gerli (Madrid: Cátedra, 1985)].

c) Alfonso X: *Cantigas de santa María*. [Alfonso X, o Sabio: *Cantigas de Santa María*, ed. Walter Mettmann (Vigo: Xerais de Galicia, 1981)].

Para finalizar no tengo que olvidar aquí mi agradecimiento a Nicasio Salvador Miguel por su magisterio, a Álvaro Alonso Miguel por su confianza y apoyo, y a Maria Jesus Varela Castillo por su paciencia. También para Ana Vian Herrero.